

Trágica aventura en los Alpes

Chamonix-Montblanc

Ocho montañeros fuimos los que, pletóricos de entusiasmo, ávidos de emociones, acudimos a los Alpes con el afán de dominar sus immaculadas cimas: Julio Casal y su señora Carmina, de Santander; José María Peciña, guipuzcoano y Bacigalupe, Yanke, Ugarteche, Besga y Hervias, vizcainos. Al fin, nuestro sueño de varios años, se había convertido en realidad.

Mas, si nos encontrábamos ya en plan de maniobra ¡cuánto hubimos de trabajar antes! La consecución de planos y guías, su estudio y fijación de itinerarios, así como la preparación del equipo de carácter particular y de interés general, hizo que desde varios meses antes, bien por contacto personal o por correspondencia, nos identificáramos en un todo con la tarea deportiva que íbamos a desarrollar muy brevemente.

En verdad, que nuestras pretensiones eran ambiciosas: en principio, alguna escalada en las Agujas de la vertiente francesa ¿Moine, Triolet, Verte, Grepon?, con la ascensión posterior al Mont-Blanc; después, la travesía por el collado del Geant, con descenso a Italia, precisamente a Courmayeur, cuna de tantos intrépidos guías, para, finalmente, cruzando en tren el Valle de Aosta, llegar a Breuil, atravesar la frontera suiza por el collado de Tehodul y situarnos en Zermatt para conquistar las alturas de Monte Rosa y Cervino.

En teoría, todo estaba ya listo, mas faltaba llevarlo a la práctica. Únicamente, un asunto se hallaba entre nosotros en litigio: ¿Llevaríamos o no guías en nuestras ascensiones? Quiénes abogaban en sentido afirmativo, otros, por el contrario, en forma negativa. Finalmente, supeditamos su resolución a la vista de las dificultades que habría de ofrecernos la montaña.

Así, tras casi veinticuatro horas de viaje en tren, rendimos viaje en Chamonix-Montblanc, capital del Valle de Chamonix ¡cuánta fué nuestra alegría al vernos ya en uno de los principales centros alpinos, bajo el imponente macizo del Mont-Blanc!

Atravesando sus calles, llenas de montañeros y turistas ataviados ya con los recios atuendos alpinistas o los ligeros vestidos de verano, contemplamos algo descentrados el cosmopolitismo de esta pequeña ciudad, aún no hace muchos años totalmente desconocida. Hoteles lujosos por doquier: Ritz, Palace, Roma, Carlton, París, etc. Tiendas repletas de artículos de montaña, librerías con una gran provisión de libros de temas alpinos,

cartografía, tarjetas postales, etc.; zapaterías con diversidad de modelos de botas de montaña; comercios con toda clase de aparatos, tales como podómetros, altímetros, prismáticos, barómetros, etc. etc.; ultramarinos, con un gran surtido de comestibles aptos para una brevísima condimentación. En verdad os digo que este es un pequeño paraíso terrenal del montañero, porque el espiritual, el verdadero, el nuestro, el reservado a los elegidos, se halla en los frígidos y cortados glaciares, en las agudas crestas, en la incomparable grandeza de las cimas immaculadas.

Comimos en la clásica «Brasserie des Sports», alojándonos, más tarde, en el campamento «cuatro», inmediato a la estación de Montenvers. Montadas las tiendas de campaña, volvimos al centro, admirando una vez más la maravillosa selección de artículos de montaña. Más tarde, visitamos el célebre «Bureau des Guides» (Despacho de Guías) sin olvidar una visita a la iglesia donde oramos fervientemente.

En los cines, rodaban «El primero de la Cuerda» y estaba anunciada «Annapurna».

Frente al «Despacho de los Guías», hállase la «Brasserie Saboyanne», lugar habitual de charla de los mismos, dónde entre sorbo y sorbo de cerveza, comentan las incidencias de sus arriesgadas expediciones. Abordamos a uno de ellos, quien nos aconseja demoremos nuestra ascensión al Mont-Blanc, pues las recientes nevadas hacen prácticamente imposible su escalada. Precisamente por ello, el día anterior un compañero y guía como él, han perecido en la Aguja Verte.

Nos retiramos al campamento sin poder columbrar al coloso del macizo, guardado celosamente por impenetrable mar de nubes.

El tiempo no estaba seguro, mas el barómetro anunciaba una franca mejoría. ¿Tendríamos suerte en la próxima jornada?

Bautismo alpino

Cuando sobre las seis de la mañana del día 14 salimos de nuestras tiendas de campaña, la transparencia de la atmósfera, dorada ligeramente por el sol naciente, anunciaba una jornada esplendorosa.

Por ello, decidimos rápidamente el itinerario con que habíamos de iniciar nuestro bautismo alpino. Así, se convino que, vistas las dificultades que ofrecía la ascensión al Mont-Blanc por la excesiva blandura de la nieve caída en los días precedentes sobre el macizo y además, con el fin de irnos habituando a estas altitudes, desplazarnos, en

principio, al refugio de Couvercle, base de interesantes escaladas, para atacar aquella cima que estimáramos procedente.

Debidamente preparados, tomamos el ferrocarril-cremallera que nos trasladó a Montanvers (1908 m.). Desde este punto, hubimos de descender al Mer de Glacé (1834 m.) y ya internados en su campo de hielo, surcado por grietas enormes, fuimos salvando, sin dificultades, su curso, hasta alcanzar la base de la Tour de Couvercle, en el lugar denominado Egralets.

Desde aquí, el sendero tallado en la roca se alza casi vertical, mas una escalera de hierro, situada en lugar propicio, amén de diversas series de pitones colocados en varios puntos, hacen factible la ascensión, que de otra forma resultaría muy difícil. He de hacer constar que este itinerario es uno de los clásicos seguidos por los turistas, al mando de guías y de ahí, las facilidades que se les brinda.

Habiendo rebasado estas primeras rampas, el sendero continúa entre pendientes de hierba hacia el E., después hacia el N. E. y cruzando la morena lateral del Glaciar de Talefre, alcanzamos en un instante, tras tres horas de marcha, el Refugio de Couvercle (2687 m.).

Situado bajo la arista S. E. de la Aguja del Moine, es propiedad del Club Alpino Francés, teniendo capacidad para 104 plazas. Levantado en 1932, fué construído en madera, con revestimiento de piedra. Inmediato, sirviendo de anexo, se halla el viejo refugio bajo un grueso bloque de piedra en forma de techo.

Tras un ligero refrigerio, decidimos escalar la aguja del Moine (3412 m.). Estudiado brevemente el itinerario, salvamos, en principio, el Glaciar de su nombre. Seguidamente, hubimos de escalar un «couloir» o pasillo de nieve, mas, como se halla muy blanda, desistimos de hacerlo. Una de las razones de nuestro desánimo se debió a que dos días antes, un guía francés y su cliente suizo, al tratar de escalar la Aguja Verte, por igual circunstancia, cayeron por el «couloir» de Whimper, resultando muertos.

Tratamos de buscar un nuevo itinerario y abordamos su ascensión por la cara S. E. Al principio, en escalada libre, remontamos los primeros contrafuertes, continuando de igual forma por rampas de difícil acceso, hasta que las dificultades hicieron necesario formar dos cordadas.

Ugarteché y Bacigalupe con Julio Casal, se elevaron hasta el remate de la aguja en que nos encontráramos, mas, apreciando que el tiempo que disponíamos era a todas luces insuficiente para concluir la ascensión, decidimos retornar al Refugio.

Este signo de prudencia me pareció augurio de un futuro y regular desenvolvimiento alpino.

En Couvercle, un grupo de alpinistas se hallaba comentando la escalada realizada por una cordada inglesa que había subido a la Aguja de Triolet, en tanto que otra francesa no había podido conseguir dicho objetivo. Tras un breve cambio de impresiones entre nosotros, decidimos que ésta sería nuestra ascensión para el día siguiente.

Después de cenar, nos acostamos en una habitación destinada exclusivamente a aquellos alpinistas que habrían de levantarse a las tres de la mañana. He de hacer constar que desde las nueve en punto, hora de silencio, no se oyó el más mínimo ruido, a pesar de que éramos cerca de veinte montañeros.

Escalada de la Aguja de Triolet

El día 15, a la hora señalada, esto es a las tres, cuando aún era de noche, dejamos el camastro y después del desayuno, servido por el guardián del refugio, comenzamos la ascensión de la Aguja de Triolet.

Eran las 3,45 horas y fuimos los primeros en abandonar el albergue. Aún a media luz, descendimos por los contrafuertes rocosos, hasta el Glaciar de Talefre y remontándolo con facilidad, alcanzamos el Glaciar de Courtes.

Desde aquí, vemos cómo nuestros camaradas de habitación, trepan por los glaciares hacia sus objetivos: Agujas de Moine, Courtes, Mummery, etc.

Seguidamente, salvando una zona de grietas, nos elevamos hasta la cazuela de dicho glaciar, para ganar directamente el «plateau» de Triolet, por la caída de «seracs» del mismo.

Aún cuando en la Guía de Vallot se señala que «la escalada del glaciar es difícil, desaconsejando dicha vía», nosotros la remontamos con toda seguridad, a pesar de que, a mitad de una «bosse» (giba), de un desnivel de más de 50 grados, hubimos de salvar una grieta, precisamente en el lugar de mayor dificultad.

Desde el «plateau» de Triolet, alcanzamos el collado del mismo y bordeando la base de esta pirámide rocosa, que sirve de punto de unión de la cadena de la Aguja Verte con las de Triolet y Talefre, tras despojarnos de las mochilas, iniciamos la escalada por su arista O., trepando por la vertiente del Glaciar de Argentiére.

Extraordinariamente difícil y peligrosa, ya que hubimos de ir continuamente al «hilo» del precipicio, hubo necesidad de salvar en una ocasión una cornisa de hielo volada al abismo, con mil metros de caída, mas, afor-

tunadamente, las dos cordadas, sucesivamente, alcanzamos, tras un final de roca cubierta de una película de hielo, la cima de Triolet (3.806 m.). Su cresta es tan reducida, que hubimos de apelonarnos en ella y yo, como último de la segunda cordada, hube de acomodarme en una roca, sobre el precipicio, fuertemente asido a Julio Casal.

A pesar de que el sol brillaba con todo su fulgor, el frío era muy intenso y tras impresionar una foto, emprendimos seguidamente el descenso. Con todo género de seguridades, fuimos perdiendo altura, hasta llegar al lugar en que dejamos las mochilas. Quisimos tomar un trago de agua de nuestras cantimploras, mas hallándose totalmente helada, no hubo forma de aplacar nuestra sed.

Sucesivamente, fuimos retornando por los distintos lugares de nuestro itinerario de ascensión y a las dos y cuarto de la tarde, tras diez horas y media de marcha, nos situamos nuevamente en el Refugio de Couvercle, siendo felicitados por diversos grupos de alpinistas.

La alegría de nuestra victoria, hizo que pensáramos llevar a cabo al día siguiente la escalada de la Aguja Verte, mas, finalmente, decidimos retornar a Chamonix para intentar la ascensión del Mont-Blanc.

Así, tras una breve comida, dejamos nuevamente el refugio a las 3,45 horas de la tarde y por el itinerario clásico, esto es, Egralets-Mer de Glace-Montenvers, llegamos a la estación de cremallera a las 18 horas, con tiempo justo para tomar el tren que nos bajó al valle.

Un pequeño accidente se produjo únicamente en el curso de nuestra excursión, ya que un trozo de hielo rodado, al cruzar la «bosse» del Glaciar de Courtes, dió en el ojo a Carmina Casal, que la produjo una fuerte hematoma, con dolor intenso.

El tiempo continuaba espléndido, así que nuestro gozo era grande al ver que próximamente ascenderíamos al Mont-Blanc.

Incidencias

Dice el refrán que «el hombre propone y Dios dispone» y así, aquella noche me ví atacado de una fuerte conjuntivitis, producida por la reverberación solar. Por ello, hube de quedar en Chamonix todo el día 16, junto con Julio y Carmina Casal, aquejada ésta por el golpe sufrido en el ojo.

El resto de nuestros compañeros, aún cuando, en principio, decidieron esperarnos hasta el día siguiente, después de la comida, juzgaron más conveniente salir sin demora. Viles, tras los cristales negros de mis gafas, a través de la ventana del refugio, desfilar entusiastas, saludándome con sus piolets al

aire. ¡Quién había de decirme que en aquel momento era la última vez que me era permitido contemplarles pletóricos de vida!

Sin embargo, el retiro en la obscuridad del refugio y una medicación adecuada, tuvieron la virtud de que en un plazo de veinticuatro horas me encontrara en condiciones si no absolutas, sí lo suficientes para que en la mañana del día 17 iniciáramos nuestra primera jornada de ascensión al Mont-Blanc.

Ascensión a Tete Rousse

Por el tren-cremallera descendimos a Les Houches y desde aquí, por el teleférico de Bellevue y más tarde por el tranvía-cremallera de Le Fayet, alcanzamos el hotel del «Nido del Aguila» (2.372 m.) final del trayecto.

Nuestro objetivo de hoy es alcanzar el refugio de la Aguja de Gouter, con un breve alto en el albergue de Tete Rousse.

Iniciamos nuestra subida por un sendero regularmente definido, que trepa paralelo al muro rocoso de «Les Rognes», hasta alcanzar, tras una hora de marcha el collado de igual nombre (2.768 m.) en cuyo punto se encuentra una cabaña forestal. Tomamos entonces por la arista de la Aguja de Gouter que separa los Glaciares de La Gria y Tete Rousse y, por un sendero bien trazado, en continuo zig-zag alcanzamos, sin dificultad, el Refugio de Tete Rousse (3.167 m.), tras otros sesenta minutos de ascensión.

Como casi todos los albergues de la vertiente gala, este refugio es también propiedad del Club Alpino Francés, contando con una capacidad para sesenta personas. Fué erigido en 1934, siendo construido en planchas aislantes y madera.

A pesar de que al amanecer presagiaba un día hermoso, observamos que una fuerte nubosidad se aproxima al macizo, decidiendo quedarnos a almorzar en el refugio. Sin embargo, nuestra intención de continuar la ascensión después de la comida, se vió truncada por un oscuro celaje que pronto fué rasgado por una serie de intermitentes relámpagos.

Sobre las cinco de la tarde mejoró ligeramente el tiempo y estudiamos la posibilidad de alcanzar el refugio de la Aguja de Gouter, en el que, según una cordada inglesa que descendía de dicho punto, se encontraban nuestros amigos, mas el guardián del refugio y un guía, así como varios alpinistas, nos hicieron desistir de nuestra intención.

No pasó mucho tiempo sin que un tétrico celaje cubriera nuevamente el cielo, y ello, unido a un frío intenso, hizo que juzgáramos acertado el consejo de nuestros accidentales camaradas. Sólo nos restaba ya pernoctar en el refugio. ¿Sería favorable la situación atmosférica al día siguiente?

Ascensión a la Aguja de Gouter

A primera hora de la mañana del día 18, el tiempo continuaba con características iguales a las de la noche precedente, por lo que demoramos nuestra salida hasta las ocho y media de la mañana. De las cinco cordadas que pernoctamos en el Refugio, tres retornaron a Chamonix, en tanto que otra francesa, formada por una señorita y dos jóvenes parisienses, así como nosotros, decidimos tentar suerte.

Dejando Tete Rousse, remontamos la parte superior de su Glaciar hasta una pequeña depresión de la arista que desciende de la cumbre de la Aguja de Gouter hasta el Refugio, separando los Glaciares de Tete Rousse y Bionnasay. Desde aquí, en travesía horizontal hubimos de cruzar el gran «couloir» nevado que baja desde la cima hasta el Glaciar de Bionnasay.

Enlazando la cuerda de nuestros camaradas franceses con la propia, tendimos una a a modo de pasarela y asidos a ella por el mosquetón, cruzamos rápidamente el pasillo, ya que las caídas de piedras, tanto espontáneas como provocadas por el alpinista, son frecuentes. Precisamente, en este mismo lugar, dos días antes, una cordada francesa compuesta por padre e hijo, tuvo la desgracia de ser alcanzada por una avalancha de piedras, resultando el padre muerto y gravemente herido el hijo.

Habiendo cruzado felizmente el «couloir», despojándonos de los crampones, iniciamos la ascensión, en escalada libre. Si bien al principio había una leve pista, pronto desapareció toda suerte de huellas, escalando tan pronto por la margen derecha o izquierda de la arista, flanqueada en su base por dos «couloirs» de impresionante caída. La ascensión, si técnicamente no es difícil, resultó penosa —son cerca de 800 m. de desnivel— ya que hubimos de observar gran cuidado en las presas por hallarse la roca suelta y descompuesta.

Aproximadamente a 150 m. bajo la cumbre, alcanzamos unas bandas de rocas amarillentas y derivando ligeramente hacia la derecha, terminamos nuestra ascensión paralelos al cable tendido entre los refugios de Tete Rousse y Aguja de Gouter.

Era cerca de mediodía —tardamos cerca de tres horas en la prueba— y hacía ya un rato que un fuerte ventarrón nos azotaba despiadadamente y cuando finalmente penetramos en el Refugio, comenzó a nevar.

Este albergue, lo mismo que la cabaña inmediata, se alza sobre una terraza rocosa a 3.817 m. de altitud, entre la cúpula nevada de la Aguja de Gouter y los precipicios de la vertiente O. Ambas construcciones, en madera, son igualmente propiedad del Club

Alpino Francés, pudiendo albergar treinta personas el refugio y diez la cabaña.

Interrogamos al guardián sobre el paradero de nuestros amigos: Sobre las seis y media de la mañana habían dejado el refugio en ruta hacia el Mont-Blanc.

A través de la ventana, vimos cómo la niebla iba ocultando rápidamente la incomparable belleza de la cara N. de la Aguja de Bionnasay.

Aún divisamos cómo una cordada trepaba penosamente por la arista, azotada por el viento que había multiplicado su intensidad. Observamos su escalada y pronto salimos a recibirlos. Eran tres animosos muchachos franceses, semicubiertos de nieve, en cuyos rostros se apreciaba la dureza de la lucha sostenida contra los elementos en la última parte de su ascensión. Penetramos rápidamente en el refugio, ya que el frío se había tornado muy intenso.

Después de la comida conversamos fraternalmente con las dos cordadas francesas sobre las incidencias de nuestra escalada, mas el recuerdo de nuestros amigos imprimía un sello de ansiedad en nuestra conversación. Las horas se sucedían lentamente en el interior del albergue, en tanto que en el exterior la tempestad iniciada a nuestra llegada, se hallaba en su apogeo. Bramaba el viento con furor impresionante, en tanto que los truenos con su potente estruendo parecían marcar el compás al continuado martilleo del granizo sobre el refugio. Aún a cubierto infundía respeto la potencia desatada de los elementos y daba sensación de que en cualquier momento el albergue iba a ser precipitado al abismo.

Llegada la noche, tras una frugal cena, nos acostamos en los camastros bien cubiertos por cuatro espesas mantas, ya que el frío era intensísimo. Afuera, la tormenta continuaba tronitosa.

Advertimos al guardián que nos despertara a las tres de la mañana, mas a esta hora el tiempo continuaba inclemente. Sin embargo, a las seis, nos avisó que la tempestad había cesado totalmente y había dado paso a un día espléndido.

¡Mont-Blanc! ¡Mont-Blanc!

Como catapultas dejamos el catre y a velocidad de vértigo hicimos las mochilas. Eran las 6,45 horas cuando dejamos el refugio. Calzados los crampones y debidamente encordados —Julio-Carmina-Hervias— iniciamos la ascensión del Mont-Blanc a la zaga de las dos cordadas francesas que habían salido minutos antes.

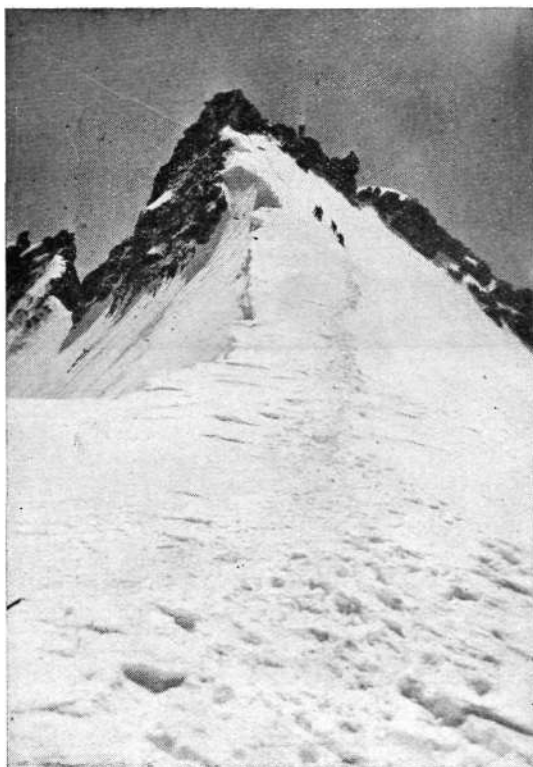
Caminamos seguros sobre la nieve helada, cuando en un traspies Carmina perdió el



En la cumbre de la Aguja de Triolet.

Descenso desde la cumbre de Triolet al collado.

Foto Besga





LOS GRANDS MULETS Y EL MONT-BLANC



Refugio antiguo de Vallot.

Foto Besga

Dejando atrás Vallot, y azotados por el terrible temporal, aún tuvo arrestos el bueno de Joshé Mari para impresionar esta **¡su última fotografía!** en la que puede observarse el incierto caminar de la cordada.

Poco después. . .

Fot. J. M. Peaña



piolet, que descendió vertiginosamente por el glaciar. Extremamos nuestro cuidado y por camino aéreo, mas sin dificultades, seguimos la larga arista que sube hacia el Dome de Gouter, alcanzando su cúpula (4.304 m.) tras dos horas de marcha. Seguidamente, en diez minutos, descendimos al collado del Dome (4.237 m.).

Cuando nos aproximamos al Refugio de Vallot, enclavado ligeramente más alto que el collado, salió a nuestro encuentro Alberto Besga, quien nos anunció que Peciña, Bacigalupe, Yanke y Ugarteche salieron veinticuatro horas ha en ruta hacia el Mont-Blanc, sin que hasta el momento hubieran retornado.

La razón de hallarse él en Vallot obedecía a que habiendo sentido en sus manos la mordedura helada de la congelación, retornó al refugio, en tanto que sus camaradas continuaron su ascensión hacia la cumbre. Nos informó, asimismo, que dos guías de los que se hallaban en el albergue, salieron el día anterior, sobre las tres de la tarde en su búsqueda, a pesar de la dureza de la tempestad, pero que regresaron a las cinco sin haber hallado rastro de nuestros amigos.

Carmina presa de un llanto incontenible hacía más penosa nuestra tribulación. Lionel Terray, el célebre guía francés, himalayista y vencedor del temible Fitz-Roy, la acogió paternalmente, penetrando en el refugio por una trampa abierta en su base. Erigido en la proximidad de la «bosse» inferior (4.362 m.) es propiedad del Club Alpino Francés, con capacidad para 24 personas. Construido en duraluminio el año 1938, reemplazó al refugio de madera edificado en 1892 por J. Vallot.

Ligeramente más bajo (4.347 m.), hállase el observatorio construido por el mismo Sr. Vallot en 1898, que sucedió al refugio-observatorio de 1890. Por ser propiedad del Estado, se halla cerrado a los alpinistas.

Tras un breve cambio de impresiones decidimos subir hasta el Mont-Blanc. La cordada parisiense comenzó su ascensión y Terray con otro guía, salieron a continuación. Por nuestra parte, procuramos tranquilizar a Carmina, a la que los cineastas que se encontraban en el refugio filmando una película, le brindaron una taza de té, desistiendo ella finalmente de continuar la ascensión.

Así, nos encordamos nuevamente. Julio marchó en cabeza, Besga fué de segundo y yo cerré la marcha. Iniciamos la subida por la arista de nieve helada, remontando, en principio, la Grande Bosse (4.513 m.); seguidamente, la Petite Bosse (4.547 m.) y rebasando les Rochers de la Tournette (4.677 m) alcanzamos, tras 1 h. 20' la cumbre del Mont-Blanc (4.807 m.) altura culminante de Europa.

Su cima tiene la forma de una arista alargada de unos cincuenta metros de longitud,

orientada de E. a O.; la cresta es casi horizontal, siendo la extremidad oriental más alta que la occidental.

El Mont-Blanc no tiene igual en los Alpes, tanto por su arquitectura única, como por su altitud, siendo una de las más bellas montañas del globo, al punto que puede compararse, sin desdoro, con las cimas del Cáucaso y varios gigantes del Himalaya. La caída vertical de sus glaciares, tiene poca diferencia con la del Everest. Tanto es así, que entre el pueblo de Bossons (1.001 m.), en el fondo del valle (punto a que descendimos) y la cumbre del Mont-Blanc, existiendo una distancia, en sentido horizontal de 7 kilómetros 500 metros, hallamos una diferencia de desnivel de más de 3.800 metros.

A pesar de que el sol brillaba esplendoroso, el viento levantaba torbellinos de nieve, por lo que la temperatura era muy baja. Con toda rapidez impresionamos unas fotos, iniciando seguidamente, tras una posterior mirada a este imponente paisaje, el descenso a Vallot. No obstante el fuerte desnivel, bajamos con gran seguridad y escudriñando los alrededores, tratamos de controlar cualquier indicio que pudiera señalarnos el paradero de nuestros compañeros desaparecidos.

Tras 40 minutos de descenso, nos reintegramos al Refugio de Vallot. Nuevamente cambiamos impresiones con Terray y la cordada parisién, mas ellos tampoco encontraron rastro alguno que delatara el paso «des espagnols». Según aquél, cabía la esperanza de que nuestros camaradas, al coronar el Mont-Blanc, en lugar de volver a Vallot, descendieran, en principio, al collado de la Brenva, sobre el que se alza el Mont-Maudit, para bajar al Grand Plateau y llegar a los Grands Mulets o también, por la vertiente italiana, tratar de descender a Courmayeur.

Un pequeño alivio nos invadió. ¿Se hallarían sanos y salvos en Chamonix? O por el contrario ¿tendríamos recado de que se encontraban en Italia?

Así, cargando las mochilas de nuestros amigos, decidimos volver inmediatamente al valle. Haciendo presente nuestra gratitud a Terray y demás colaboradores por su auxilio, variamos el itinerario de nuestra ascensión, haciéndolo por los Grands Mulets. Salimos a las once y media y tras bajar al collado del Dome, llegamos sin dificultades, al Grand Plateau. Tras salvar una serie de grandes grietas y suspendidas sobre nuestras cabezas, como una amenaza continua, las enormes moles de nieve del Dome de Gouter, atravesamos felizmente la línea de «seracs» que nos separaba del Petit Plateau. Paralelos ya a las rocas de los Grands Mulets, alcanzamos el Refugio de su nombre (3.051 m.).

En la inteligencia de que se trataba de un refugio con guardería —si nó ahora, antes lo

fué—, esperamos nos fueran facilitadas noticias de nuestros amigos, pero únicamente encontramos en él a la cordada parisién que nos había precedido. Fraternalmente, tomamos un bocado e igualmente, de seguido, continuamos nuestro descenso hasta el Glaciar de la Jonction.

Tardamos más de una hora en cruzar el mar de «seracs» que nos separaba de la Montagne de la Cote (2.589 m.), en tanto que los turistas, apiñados al borde del glaciar observaban nuestra dificultosa maniobra por tan peligroso lugar.

Ya en terreno firme, nos descalzamos los crampones, que junto con el piolet, cargamos en nuestras mochilas.

Esta Montagne de la Cote que, a modo de península avanza sobre los glaciares de Bossons y Taconnaz, que la flanquean, cerrada en su altura máxima por el Glaciar de la Jonction, dibuja en su arista rocosa un sendero bien marcado por el que descendimos a través de sus innumerables revueltas. Hicimos un breve alto en el Hotel de las Pirámides (1.895 m.) y ya, por un camino amplio, bordeado por frondoso bosque, terminamos nuestra marcha en el pueblo de Bossons (1.004 m.). Eran las 8,45 horas de la tarde y rendimos jornada tras quince horas de excursión.

Nuestros amigos franceses disponían de un soberbio coche en el que cubrimos rápidamente los pocos kilómetros que nos separaban de Chamonix. Inmediatamente nos personamos en el Refugio de Biolay y, de seguido, nos trasladamos al campamento mas, desgraciadamente, no hubo noticia alguna del retorno de nuestros amigos.

Inescrutables son los designios del Señor

Temiendo por su vida, decidimos inmediatamente dar parte a la Gendarmería, la cual se encargó de pasar el debido comunicado al Bureau des Guides. Un retraso, aún el más breve —¿no podía haber que se encontraran en el fondo de una grieta?— podía acarrear funestas consecuencias.

No tardó mucho en presentarse el jefe-guía, Mr. Bozons, con quien nos trasladamos Besga y yo en coche a su despacho. Expusimosle brevemente nuestros temores, ha-

ciendo un relato del itinerario e incidencias de su ascensión.

El caso era urgente, no cabía demora, ya que se hallaba en juego la vida de cuatro entrañables amigos, por lo que rogamos a Mr. Bozons, iniciara de una forma inmediata, apelando a todos los medios, la descubierta de los desaparecidos.

Entendiéndolo así y, a pesar de que eran las doce de la noche, dispuso la urgente salida de una cordada de guías, quienes a las tres de la mañana dejaban Chamonix para cumplir su misión.

Rechazada nuestra colaboración —quizá creyeron que en lugar de ayuda podríamos causar extorsión en sus maniobras— sólo nos restaba esperar. La incertidumbre, más bien los temores de un fatal desenlace, nos privaron del sueño en lo que restaba de la noche y así, vimos con agrado los tibios rayos de sol que se filtraban por los cristales del refugio anunciando el nuevo día.

Eran las nueve de la noche cuando la cordada de descubierta regresó a Chamonix: Habían encontrado a «les espagnols» en la Tournette, mas, desgraciadamente, habían dejado ya de existir.

La noticia de su muerte, aún esperada, nos produjo una penosísima impresión.

¿Cómo pudo producirse tal desgracia? Desviados de la arista, alrededor de quince metros, sobre la vertiente italiana, buscando refugio contra la tempestad, que les castigaba cruelmente —según Terray, el viento llevaría una velocidad de 150 kilómetros, la temperatura oscilaría en 20 grados bajo cero y una cerrada nube de granizo, algunos del tamaño de huevos de paloma— decidieron esperar, al parecer, el amainamiento de la tormenta. Debidamente encordados y asegurados por el piolet de una eventual caída, se vieron invadidos por el agradable sopor que les perdió. ¡Dulce tránsito a la vida eterna!

Mas ¿cómo fué posible que habiendo pasado a su vera nueve alpinistas, en plan de descubierta, no hubiéramos podido controlar su posición? La gran cantidad de nieve y granizo que cayó en las quince horas que duró la tormenta cubrió con immaculado sudario los cuerpos de nuestros inolvidables amigos.

¡Oh, Mont-Blanc, Mont-Blanc!
Cuán duro con ellos fuiste
¿porqué con recelo viste
Los que te brindaron gozosos su afán?
Amigos queridos, descansad en paz
Que en esta Vasconia bendita
La grey reza contrita
Por vuestro descanso inmortal.
¡Peciña, Yanke, Bacigalupe. Ugarteche!
Padre nuestro....

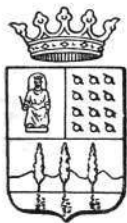
Bilbao - Agosto 1953.

A. HERVIAS

CUMBRES DE LA REGION

GUIPUZCOA

Maroto, Jarindo y Murugain



Aunque el segundo de estos montes, tenga su cumbre íntegramente dentro de la provincia de Alava, por su proximidad a Maroto vamos a incluirlo en la relación de montañas guipuzcoanas.

La ascensión a ambos montes se inicia desde la estación de Salinas de Leniz, en el ferrocarril Micolalde-Vitoria, tomando en dicha estación la carretera en dirección a Guipúzcoa, y a su bifurcación próxima se toma la carretera de la izquierda, llegando en 10 minutos a Venta Fría o Gatzaga Gaiñ. Este punto es divisoria de vertientes cantábrica y mediterránea, y sigue siendo divisoria el rumbo que sigue hacia el N. O.

Por camino carretil, y pequeño desnivel resulta cómodo este paseo, pasándose primeramente junto a una borda entre pinos y hayas, apreciándose más tarde junto al camino los puestos de los cazadores de palomas en la época de pasa.

La redonda loma de Maroto queda muy cerca a la izquierda (30 m.). Bajando por la parte opuesta hay un collado con un « mugarri » o mojón, desde el que derivaremos por la izquierda en evitación de un descenso a la barriada de Marín.

Con parecidas características y sin mayores complicaciones se salva el pequeño repecho final, en zona despejada, y alcanzaremos la cumbre de Jarindo (1 h.) donde hallaremos un buzón montañero.

La vista desde la cumbre es magnífica, admirándose en las proximidades parte del nuevo embalse de aguas de Villarreal, adornando magníficamente el paisaje.

Se puede continuar la excursión hasta Murugain divisible hacia el Norte, atravesando amplia meseta y alcanzando el puerto

de la carretera que une Villarreal de Alava con Aramayona. En dicho puerto se bordea la cima de Kurutzeta con su cruz bien destacada, hasta la ermita de San Adrián (1 h. y 25 m.) y se prosigue hacia el Este en busca de la otra cima de Asensiomendi, también coronada por una cruz. No es menester subir hasta ésta, sino que se bordea el monte por la izquierda y sobre la divisoria de los valles de Leniz y Aramayona, se alcanza la anteglesia de Untzilla (2 h. y 20 m.). De aquí se llega a la cumbre de Murugain por su cara Sur, con fuerte repecho, por camino sombreado al principio y despejado al final (3 h. y 20 m.).

La ascensión al Murugain desde Mondragón se hace saliendo del barrio de Arrasate, en el punto en que se unen la carretera de Aramayona y la de Arechavaleta. Pegante a una casa de reciente construcción, nace un camino empedrado, que pasa entre el sifón de un canal formado para dar paso a la carretera. Dicho canal suministra agua a un molino cercano.

Al ganar altura, en proyección bastante perpendicular queda por la izquierda la carretera de Arechavaleta, en tanto que la de Aramayona va separándose cada vez más. Entre pinares de notable desarrollo se alcanza una zona de desnivel más suave, pasando sobre el caserío Billegañez, y más tarde llega el paraje de Mandogain, tras una breve elevación de terreno.

Sigue el camino carretera sin confusión entre robles y hayas, en dirección a la montaña bien a la vista, hasta emplazarse al pie de la misma, junto al caserío Naparrrena (1 h.). La rampa que media hacia la cima es pronunciada y en lugar de atacarla directamente existe un camino que se dirige en más suave desnivel hacia el Sur del objetivo, virando desde allá directamente hacia las peñas que forman la cumbre (1¹/₂ h. 30 m.).